



TRES DESEOS

ANDREU MARTÍN



edebé

ANDREU MARTÍN

TRES DESEOS

(CÓMO CONOCÍ AL GENIO)



edebé

© Andreu Martín, 2016

© Ed. Cast.: edebé, 2016
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebé.net

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de portada: Shutterstock

1.^a edición, septiembre 2016

ISBN 978-84-683-2494-4
Depósito Legal: B.14585-2016
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ANDREU MARTÍN

TRES DESEOS

(CÓMO CONOCÍ AL GENIO)



edebé

1

El Genio estaba dentro de una botella y la botella en el fondo de un pozo, sepultada bajo un montón de escombros.

El pozo se encontraba junto al huerto abandonado, en el patio delantero de una masía conocida como Can Reynals, a tres kilómetros de un pueblo diminuto llamado Senillás.

Frente a la masía, al otro lado de las aguas rumorosas de un río, se alza la espectacular sierra de la Mano de Dios, cinco picos apiñados como cinco dedos que enseguida se iban a cubrir de nieve y permitirían a los aficionados disfrutar del deporte del esquí en las cercanas pistas.

Can Reynals se encuentra en la ladera de otro pico llamado el Cimal, cubierto de un encinar milenario por donde se dice que corre algún lobo, algún rebeco y hasta algún oso.

Mi padre se plantaba ante aquel paisaje imponente, se llenaba los pulmones de aire puro y fragante, abría los brazos en cruz como para apoderarse de aquel pedazo de mundo y exclamaba:

—¡Esto es el paraíso!

Más valía que lo fuera. En realidad, creo que lo repetía con frecuencia para convencerse a sí mismo, porque lo había vendido todo para llevarnos allí, a mi madre y a mí, y cambiar radicalmente de vida.

Mi padre, Gabriel Portal, era arquitecto, de los Vallaura, Abellán y Portal, que diseñaron el mobiliario

urbano del barrio de San Quintín, y construyeron la emblemática Torre del Foc de la periferia de Barcelona, tan visible cuando entras por la autopista desde el norte. Fueron famosos y ganaron bastante dinero mientras duró la burbuja inmobiliaria anterior a la crisis apocalíptica de 2008. Cuando la burbuja estalló, mi padre descubrió que Valldaura y Abellán se habían enriquecido mucho más que él gracias a chanchullos ilegales y, según dijo un día durante la cena, se sintió como un pardillo idiota e ingenuo por montárselo de honrado y no haberse forrado como ellos.

En lugar de desahogar su rabia dándose de cabezazos contra la pared, le dio por las teorías que aseguraban que la atmósfera de la ciudad era cada vez más tóxica y cancerígena, y que los alimentos que vendían en la ciudad estaban envenenados con aditivos cancerígenos, y que el calentamiento global estaba fundiendo el hielo de los polos, lo que pronto provocaría un cataclismo espectacular. Y decidió que teníamos que emigrar al campo, donde el aire era puro, la comida era sana y tardarían mucho más en llegar las aguas de los *tsunamis*. Así que vendió el piso donde vivíamos, y la segunda residencia que teníamos en la costa, abandonó el estudio de arquitectos y, sin hacer caso de mis protestas y pataleos, nos trasladamos a la masía.

De momento, mientras se realizaban las primeras reformas imprescindibles, desde junio hasta septiembre, nos instalamos en un hotel de Sant Martí del Congost.

Esta era una población de poco más de cuatro mil habitantes que se hizo rica por los campos de maíz, alfalfa, trigo y cebada y por su ganadería; y que, a

partir de un momento dado, continuó siendo rica gracias a las cercanas pistas de esquí que cada invierno atraían a centenares de miles de aficionados. Eso había hecho crecer el pueblo, levantando chalés alrededor y urbanizaciones con casas de aspecto alpino; había multiplicado los restaurantes, los hoteles y las pensiones; y los viejos del lugar comentaban que ya nada era como antes.

Allí, mi madre tuvo noticias de la existencia de un curandero y zahorí y enseguida corrió a conocerlo.

Si mi padre estaba viviendo una temporada de pánico existencial, mi madre, en cambio, se sentía repentinamente atraída por el esoterismo, la astrología, el tarot, la adivinación del futuro y esas cosas. A mi padre le parecían tonterías sin fundamento y mi madre opinaba que las preocupaciones de él eran absurdas, pero, en el fondo, creo que los dos participaban de un mismo sentimiento de inseguridad ante el futuro. Y cada cual combate sus miedos como buenamente sabe y puede.

Contrataron a una familia de Senillás para que nos ayudara en el cultivo de las tierras y cuidado de los animales, tareas de las que no teníamos la menor idea. Eran el maduro Joanet, callado y hosco; la risueña Angus, de Angustias, y su hijo, el simpatiquísimo y juerguista Riqui, que era un vago incorregible.

A pesar del río caudaloso y cristalino que corría cerca de la masía, teníamos problemas con el abastecimiento de agua corriente. Dependíamos del depósito que la distribuía en la aldea de Senillás y, como esta se encontraba más abajo en la ladera del monte, el caudal

nos llegaba en poca cantidad y con muy poca fuerza. No daba para la ducha de más de una persona al día y no podíamos utilizar la lavadora ni el lavaplatos.

Cuando mi padre se enfrentaba a este problema, fue el viejo Joanet quien le dijo que por debajo de nuestra masía pasaba un río subterráneo que alimentaba el pozo y que había provisto de agua a la masía durante siglos.

Ese fue el pretexto en que se apoyó mi madre para correr a visitar al zahorí de Sant Martí, que se llamaba Eudald Granger.

Los zahoríes son esas personas que saben encontrar aguas subterráneas con la ayuda de un péndulo o de una vara de fresno o de avellano.

De paso, mi madre se hizo echar las cartas y revisó por enésima vez su carta astral.

—Se ha puesto usted en peligro —le dijo el curandero al ver sobre la mesa el conjunto formado por las cartas de la Muerte, la Torre y el Colgado.

—¿En peligro? —exclamó mi madre, muy aprensiva.

La impresionó lo bastante como para atreverse a pedirle dinero a cambio de hacernos una visita a Can Reynals.

—... Y solo nos cobrará veinte euros —le dijo mi madre a mi padre.

—¿Eso significa que estás dispuesta a dejarte timar veinte euros?

—¡No digas timar! Si es bueno o no, lo sabremos enseguida. Dirá: «Aquí hay agua» y habrá agua o no habrá agua. Si no hay agua, nos habrá engañado. Pero, si la hay, habrá valido la pena.

—Ahí abajo hay agua —afirmó mi padre—, tanto si lo dictamina ese señor o no.

—Si te dice que no hay agua, te ahorras la excavación.

—Excavaré igual, me diga lo que me diga.

—Por favor, Gabriel... No discutamos solo por veinte euros...

Al fin, Eudald vino. Entonces fue cuando lo conocí.

Era un hombre alto y encorvado, con unas bolsas bajo los ojos tan abultadas que parecía que iba encorvado por culpa de su peso. Debía de tener unos cincuenta años, pero parecía mayor debido a la tristeza infinita de su rostro. Su cabeza era calva en lo alto y estaba rodeada de cabellos alborotados sobre las orejas. Vestía como cualquier otro campesino de la región: pantalones de pana muy viejos, botas de montaña, camisa de cuadros y cazadora tal vez demasiado gruesa para la época del año. Probablemente, siempre usaba la misma cazadora, tanto en invierno como en verano.

—Viste normal —nos había contado mi madre antes de que llegara—, como todos los hombres de por aquí. No se destaca por sus extravagancias. No lleva pendientes, ni tatuajes, ni lleva ropa con brocados ni espejitos ni colores chillones. Y, en su casa, no tiene muchos símbolos esotéricos. No hay iconos, ni imágenes raras de dioses extraños, ni estampas de santos, ni velas encendidas, ni piedras luminosas, ni pachulí. Y en el trato es muy normal. Eso me hace pensar que es muy auténtico, ¿no te parece? No necesita disfraces ni apariencia estafalaria. Eso lo hace creíble.

—Por eso lo hace —objetaba mi padre—. Es muy inteligente y viste así precisamente para que pienses lo que piensas.

—Tú siempre ves mala fe y conspiraciones por todas partes —se quejaba mi madre.

Llegó Eudald en un viejo Renault Megane tan sucio de polvo y barro que resultaba imposible averiguar su color original y no había forma humana de leer el número de su matrícula. Se apeó de él, cheposo y lento, sin ninguna prisa, llevando en su mano una varita de fresno con forma de Y.

Lo vi desde la ventana de lo que iba a ser mi dormitorio y enseguida bajé para contemplar de cerca sus habilidades como buscador de aguas subterráneas. Cuando llegué a su lado, mis padres ya le estaban poniendo al corriente de la historia del pozo.

—Dicen que en este pozo había agua y ahora ya no la hay. Solo quiero saber si merece la pena excavar.

El hombre ni siquiera miraba a mi padre. Como si viera a través de él.

—Ah —se interrumpió mi padre al verme—. Este es Enric, mi hijo.

Estreché su mano, que capturó la mía fuerte, dura y áspera como una piedra. Me hizo pensar que durante la mayor parte de su vida aquel hombre había manejado la azada y había trabajado la tierra, y supuse que hacía muy poco que se dedicaba al oficio de zahorí y curandero, y eso, la verdad, le restó a mis ojos bastante credibilidad.

—Serán doscientos euros —soltó de repente.

Mi padre pegó un brinco. Y, en segundo término, mi madre también.

—¿Doscientos euros?

—Había dicho veinte.

El zahorí se volvió hacia ella como si se sintiera profundamente herido en su amor propio.

—Por favor, señora. ¿Cómo puede decirme eso?

Mi madre aflojó:

—Creí que eran veinte...

—¿Usted, señora, cree que yo habría venido hasta aquí por veinte euros? O yo no me expliqué bien o usted oyó mal, señora...

—Pues usted no se explicó bien —intervino mi padre, tajante—, o mi esposa no oyó bien.

El zahorí parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Cómo podían ustedes pensar que yo, por veinte euros...? Son doscientos, siempre lo han sido, cualquiera se lo puede decir. Y, además, los cobro por adelantado.

—¿Por adelantado?

Pero mi madre ya se había compadecido del pobre hombre y aceptó que tal vez fuera ella quien se equivocó en la cifra del precio y, entre una cosa y otra, terminaron pagando lo que el otro pedía. Y por adelantado.

—Tienen que comprenderlo —insistía el curandero mansamente—. Hay mucha gente que, si resulta que no encuentro agua donde ellos esperaban, luego se niega a pagarme.

Mi padre miraba al cielo, reprimiendo su exasperación.

Nos trasladamos los cuatro junto al huerto, donde se levantaba el brocal circular del pozo.

—Vamos a ver —dijo el zahorí, después de emitir una tosecilla.

Sin preparación de ninguna clase, sin cerrar los

ojos con solemnidad, sin murmurar ensalmo alguno, ni invocar a ningún espíritu, orientó hacia el suelo la vara agarrándola por los dos brazos de la Y.

Luego, dio tres o cuatro pasos por lo que había sido un huerto y ahora era un enredo de malas hierbas.

—Hay agua —susurró—. Agua cristalina. Torrencial. Un torrente. Mucha agua.

Calló de repente. Se detuvo y me pareció que se le tensaban los músculos. Levantó la vista para fijarla en el horizonte.

—¿Se encuentra a mucha profundidad? —preguntaba mi padre.

—No, no, no —repuso el curandero, devolviendo la mirada al suelo mientras negaba insistentemente con la cabeza—. No, no, no. No he dicho nada. No excaven. No la busquen.

—¿Pero qué dice? —soltó mi padre como un exabrupto, y adiviné que se le había erizado el vello tanto como a mí y a mi madre.

—Ay, Dios mío —murmuró mi madre, asustada, poniéndose las manos delante de la boca.

Observé que el curandero estaba más horripilado que nosotros. Ya no sujetaba la vara con ambas manos, sino que la mantenía junto a la pierna, colgando de una mano que casi quería ocultar, como si la considerase culpable de algún desastre. Le acababan de entrar unas prisas locas por largarse de allí.

—No excaven —repetía—. No he dicho nada. No hay río.

—¿Cómo que no hay río? —tartamudeaba mi padre mientras lo seguía exasperado.

Lo seguíamos como una comitiva extática y muda.

El curandero llegó a su coche y se metió en él con precipitación fugitiva.

—¡Un momento! —protestaba mi padre mientras impedía que cerrase la puerta.

El Renault pegó un brinco hacia delante, como si Eudald estuviera dispuesto a salir disparado con la puerta abierta y todo, pero, al ver que mi padre se colgaba de ella y corría el riesgo de hacerle daño, frenó en seco.

El pobre curandero, muy confuso y arrepentido, balbuceó:

—Hay alguien enterrado que quiere que lo desentierren. Un ser maligno, maléfico, diabólico, que traerá la desgracia si lo desentierran...

—¿Pero qué está diciendo? —gimoteaba mi padre entre tanto—. ¿Qué está diciendo de una persona enterrada?

El otro miraba desolado a su alrededor, muy angustiado. Se le iba pasando el susto y se iba calmando, y tomaba conciencia de que nadie iba a compartir lo que pensaba, o sentía, o temía. Tragó saliva al fin y nos miró con una serenidad cargada de una sabiduría y una sinceridad que hasta aquel instante no habíamos podido suponerle.

—La naturaleza está llena de fuerzas, de presencias que los seres humanos no podemos percibir. Sé que usted no podrá entenderlo ni aceptarlo, señor Portal, pero le hablo de lo que sé. Ahí abajo, en el pozo, hay un ser enterrado. Un ser cargado de rabia. He podido captar cómo pedía socorro desde las profundidades.

Hace tiempo que sus voces desesperadas se expanden por esta comarca y vuelven locos a otros seres invisibles como él que sí pueden oírle, pero no pueden hacer nada por ayudarlo. No podré convencerle, pero le ruego que confíe en mí. Hágame caso. Deje ese pozo y no desentierre a los que deben continuar enterrados. Todo lo que sale del interior de la tierra es malo, señor Portal.

Mi padre dio un paso atrás y liberó la puerta. Estaba tan sobrecogido como yo y mi madre, pero trató de disimular:

—Se me ocurren unas cuantas cosas que salen de la tierra y no son malas. Las patatas, por ejemplo. Las zanahorias. Los nabos.

El zahorí parpadeó una vez, solo una vez, como para suplicarle que no dijera tonterías. Cerró la puerta de su vehículo, puso una marcha y maniobró por el patio, levantando polvareda, antes de encarar el camino y alejarse por él con estruendo terrible.

Mi padre, mi madre y yo nos miramos atónitos.

Joanet, la señora Angustias y Riqui nos contemplaban paralizados y con los ojos como platos. Desde el tejado de la masía, los obreros que trabajaban en la reparación de la casa también parecían patidifusos.

—Bueno... —reflexionó mi madre, insegura—. Yo no creo que haya agua. No tenemos por qué creer a ese farsante.

—¿Cómo que farsante?

—Me parece que ese hombre no es zahorí ni es nada. Está loco, solo eso. No es curandero. Es un charlatán. No tenemos por qué hacerle caso.

—¡No me fastidies! —rezongó el cabeza de familia, más cabeza de familia que nunca—. Yo soy el que no cree en esas paparruchas, y tú eres la que sí crees. Pero ahora dices que ese tío es un farsante y que no hay que excavar el pozo, y yo soy el que tiene que decir que sí, que hay que excavarlo porque el tío dijo que hay agua subterránea. A ver cómo se entiende eso.

Mi madre arrugaba la cara para dar a entender que la vida está llena de paradojas, absurdos y cosas incomprensibles.

—Será mejor que tomemos el agua de la fuente de abastecimiento del pueblo.

—¡Ni hablar! Ya lo calculamos y eso supone una fortuna. Si es verdad que pasa un río subterráneo debajo de nuestra casa, será mucho más barata la instalación. Y no tendremos que pagar nada a la comunidad.

—Pero...

—Mira, Isabel: yo iba a excavar el pozo de todas formas. A ti se te ocurrió consultar con el zahorí, «para más seguridad». Bueno, pues el zahorí ha dicho que hay agua, o sea que vamos a hurgar en ese pozo hasta que la encontremos.

—¿Y si encontramos a un ser enterrado, cargado de rabia y diabólico? —aventuró mi madre tímidamente.

—¡Pues me lo comeré con patatas!

Así que, al día siguiente, dos de los obreros que hasta entonces habían estado reparando el tejado descendieron al fondo del pozo.

Enseguida comprobaron que había sido cegado a propósito a base de echar en él cascotes resultantes de alguna obra. Había ladrillos hechos pedazos con

pegotes de argamasa y trozos de madera astillada que había pertenecido a algún marco de puerta antigua.

Con la ayuda de una grúa manual, estuvieron sacando pedruscos toda la mañana. Llamó su atención un conjunto de rocas muy antiguas, con restos de verdín, que habían formado un arco de medio punto. En la piedra que había servido de clave, se veía un relieve muy gastado que representaba un extraño escudo con una inscripción ilegible.

Al levantar esa piedra, precisamente esa piedra que había sido clave en un arco de medio punto, encontraron la botella.